

SÉNECA

CUESTIONES NATURALES

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

SÉNECA

CUESTIONES
NATURALES

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 410

SÉNECA

CUESTIONES NATURALES

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ-ROMÁN BRAVO DÍAZ



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO Y JOSÉ LUIS MORALEJO .

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por CARMEN CODOÑER .

© **EDITORIAL GREDOS, S. A., 2013.**

López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.

www.editorialgredos.com

Primera edición: octubre de 2013

REF: GEBO475

ISBN: 9788424937720

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. ÉPOCA DE COMPOSICIÓN

Séneca emprende la redacción de las *NQ* en su vejez ¹ , cuando su ruptura con Nerón estaba ya prácticamente consumada ² . Fallecido Burro ³ , el prefecto del pretorio, y vuelto Nerón hacia los peores consejeros ⁴ , Séneca solicita al emperador su retiro de la política, y, aunque éste se lo niega, el filósofo, sin embargo, alegando motivos de salud y de estudio, recorta paulatinamente su actividad política y social en la corte, disfrutando de una especie de semirretiro, que aprovecha para consagrarse a una intensa actividad intelectual ⁵ que culmina en la composición de importantes obras filosóficas; datan, en efecto, de este período las *Naturales Quaestiones* , las *Epistulae Morales* a Lucilio, probablemente el diálogo *De providentia* y algunas obras perdidas.

Resulta imposible establecer con absoluta precisión el marco temporal que Séneca dedicó a la composición de esta obra. Con todo, algunas referencias (o ausencia de referencias) puntuales a determinados acontecimientos pueden ayudarnos a fecharla con bastante aproximación.

De la falta de referencias al cometa del 64 (pese a que Séneca menciona reiteradamente los del 54 y del 60 ⁶) puede deducirse que la obra (al menos el libro VII) estaba

terminada hacia mediados de dicho año. Y la misma conclusión puede extraerse, quizá, de la falta de noticias sobre el terrible incendio que destruyó Roma en julio del 64 ⁷, teniendo en cuenta que en las *NQ* son mencionados otros incendios ⁸. El verano o, a lo sumo, el otoño del 64 podrían así considerarse razonablemente el *terminus ante quem* de la composición de la obra.

Más difícil resulta establecer el *terminus post quem*, para lo que sería de incalculable valor conocer la fecha exacta del terremoto de Pompeya, mencionado repetidas veces por Séneca como fenómeno muy reciente ⁹ en el libro VI, y fechado en VI 1,2, con indicación de los cónsules, el 5 de febrero del 63 d. C. ¹⁰ Pero el problema es que Tácito incluye dicho terremoto entre los sucesos del año 62 ¹¹, y, además, la fecha del 63 parece a primera vista en contradicción con otras indicaciones cronológicas relativas dadas por Séneca en esta obra. Séneca habla, en efecto, en su libro VI de un terremoto que arrasó Grecia y Macedonia «el año anterior» al de Pompeya, y en el VII señala que dicho terremoto tuvo lugar dentro del año de influencia del cometa del 60 ¹². La secuencia de los acontecimientos sería, pues, la siguiente: aparición del cometa (60), terremoto de Grecia y Macedonia (61), terremoto de Pompeya (62).

En función, especialmente, de esta aparente contradicción, la mayoría de los críticos se inclina hoy por dar más valor al testimonio de Tácito que al de Séneca y por considerar interpolada la mención de los cónsules en el texto de las *NQ* ¹³. Y, en consecuencia, el terremoto de Pompeya suele fecharse en febrero del 62, que sería el *terminus post quem* de la composición del libro VI.

La cuestión, que parecía definitivamente zanjada, ha sido, sin embargo, reabierto recientemente por un importante artículo de Wallace-Hadrill ¹⁴, quien defiende con numerosos

argumentos la fecha del 63, reivindicando, por tanto, el testimonio de Séneca frente al de Tácito.

Considero que no es éste el lugar para la exposición detallada de los numerosos razonamientos esgrimidos a favor y en contra de dicha fecha, ninguno de los cuales puede considerarse totalmente concluyente ¹⁵. Me limitaré a señalar, haciéndome eco de uno de los nuevos argumentos utilizados por Wallace-Hadrill ¹⁶, que, si aceptamos, como suele ser habitual, que Séneca comenzó la composición de las *NQ* tras su ruptura con Nerón y su retiro de la política, a principios del 62, la fecha del 63 parece más apropiada como *terminus post quem* para el libro VI, puesto que Séneca necesitó tiempo para escribir, de acuerdo con el orden *Non praeterit* que en esta edición defendemos como originario ¹⁷, cuatro libros, a un ritmo medio de tres meses por libro, que parece razonable ¹⁸. El mantenimiento de dicho ritmo le llevaría a la conclusión de la obra en el invierno del 64.

Si, por el contrario, fijamos el terremoto de Pompeya en febrero del 62, y, por tanto, situamos la composición del libro VI en la primavera (o, a lo sumo, verano ¹⁹) de dicho año, habría que admitir o que Séneca siguió un ritmo frenético en la composición de esta obra ²⁰ o que comenzó la elaboración de las *NQ* antes de su retiro de la política y compaginó su actividad en la corte con su redacción.

Dado que el prefacio del libro III, que razonablemente puede ser considerado el prefacio de la obra entera ²¹, transmite la impresión de que la actividad filosófica de Séneca supone un borrón y cuenta nueva en su vida y, por tanto, hace pensar que la obra fue comenzada tras el retiro de la política, desde un punto de vista interno de la biografía de Séneca, la fecha del 63 resulta más atractiva ²².

Pero, en todo caso, independientemente de que nos inclinemos por una u otra fecha, el fondo de la cuestión no

cambia mucho y parece que la composición de las *NQ* ha de situarse sin reservas en los últimos años de la vida del filósofo, en la etapa de distanciamiento del emperador que culmina con su suicidio voluntario en abril del 65 d. C. Las *NQ* son, por tanto, una obra de madurez, escrita en unas circunstancias vitales particularmente difíciles [23](#) , lo que hace de ella una obra de gran intensidad y profundidad de pensamiento.

II . DESTINATARIO E INTERLOCUTOR

Las *NQ* , como las *Epistulae Morales* y el diálogo *De providentia* , están dedicadas al amigo de Séneca Lucilio Junior [24](#) , un caballero romano, natural de Campania [25](#) , algo más joven que Séneca [26](#) , desconocido por otras fuentes, que durante el período de redacción de las *NQ* desempeñaba el cargo de procurador [27](#) en Sicilia y que compartía con Séneca un vivo interés por la filosofía [28](#) y la literatura [29](#) . Séneca lo presenta como un novicio que, bajo la guía del maestro, avanza progresivamente por el camino de la sabiduría y de la virtud.

A lo largo de las *NQ* Lucilio es citado nominalmente trece veces, la mayoría en los prólogos y epílogos, donde cumple el papel formal de destinatario [30](#) , para desvanecerse poco después y dejar paso a un simple tú indeterminado, con el que el autor mantiene un diálogo constante a lo largo de toda la obra, y que es el principal responsable de la forma dialogada tanto de esta como de las restantes obras en prosa de Séneca. A este tú omnipresente se dirige de continuo el yo del autor con invitaciones, peticiones, observaciones, consideraciones o preguntas [31](#) . Pero, además, este tú con cierta frecuencia toma la palabra para formular breves objeciones y preguntas, que a continuación

serán contestadas por el autor con la máxima diligencia posible [32](#) .

Por lo general entre este yo y este tú [33](#) se establece una relación similar a la de maestro/discípulo (en el que el lector puede identificarse fácilmente a sí mismo). Esta relación es especialmente perceptible en los prólogos y epílogos, en los que el tú es el destinatario de las reflexiones filosóficas o lecciones morales del filósofo. Pero una relación similar se desprende igualmente de las partes científicas, en que el yo del maestro trata de ayudar al tú del discípulo a descubrir la razón que subyace a los aparentemente anárquicos fenómenos meteorológicos.

La relación, sin embargo, que se establece entre el yo del autor y el tú del interlocutor no es unívoca a lo largo de toda la obra. En las secciones científicas esta relación con frecuencia aparece modificada y el diálogo se establece entre el filósofo-autor y los filósofos defensores (a título nominal o anónimo) de cualquiera de las distintas teorías expuestas a lo largo de la obra. También a ellos el autor, ocasionalmente, dirigirá observaciones o preguntas [34](#) y, llegado el caso, también ellos interrumpirán la exposición con invitaciones, sugerencias o propuestas [35](#) .

Pero hay más. Tan fuerte es el carácter dialogado de la obra de Séneca que a veces, incluso, cuando el autor cede la palabra a alguno de sus rivales, el uso del adversario ficticio se mantiene en la intervención de este último, aunque en este caso varía la identidad de los interlocutores, y la relación se establece entre el yo del filósofo en cuestión y el tú del autor (que puede identificarse con el lector o el alumno) [36](#) . Esta variación, que no está marcada desde el punto de vista léxico y cuya expresión se confía exclusivamente al contexto, no se lleva a cabo sin provocar a veces cierta oscuridad en el texto [37](#) .

Resulta superfluo, en todo caso, tratar de hacer una identificación demasiado precisa del interlocutor. Las *NQ*, como el resto de las obras en prosa de Séneca, son un falso diálogo, cuya finalidad no es otra que hacer viva la exposición y, al mismo tiempo, facilitar al autor el diálogo consigo mismo. Pese a estar formalmente dedicadas a Lucilio, en cierta medida puede decirse que el verdadero destinatario de las *NQ* es el propio Séneca [38](#). Es por medio de este diálogo consigo mismo como Séneca pretende inculcar en el lector sus enseñanzas científicas o morales.

III . TÍTULO DE LA OBRA

Las *NQ* han llegado a nosotros sin título. A partir, sin embargo, de las *subscriptions* de algunos códices, cabe suponer razonablemente que el título original fuese *Naturalium quaestionum libri octo* [39](#), lo que hoy es aceptado unánimemente por todos los estudiosos. Este título parece confirmado, además, por una entrada de un catálogo del siglo IX (anterior, por tanto, en tres siglos a los primeros manuscritos) de la biblioteca de la abadía benedictina de Reichenau, donde se lee *Seneca naturalium questionum I (sc. volumen)* [40](#).

Admitido, pues, aun con todas las reservas que dicta la prudencia, que *Naturales Quaestiones* sea el título originario, cabe preguntarse por las razones que llevaron a Séneca a adoptar este título y por las implicaciones que tiene en el carácter de la obra.

«PHYSIKÀ PROBLÉMATA »

Se ha señalado repetidas veces que el título de esta obra de Séneca se corresponde con títulos griegos como *Physikà*

problémata o *Zetémata*, *Physika ò aitíai* o *théseis* , todos los cuales se traducen al latín habitualmente como *Naturales quaestiones* .

Conservamos varias obras de este tipo, entre las que destacan especialmente la colección de *Problémata physiká* atribuida a Aristóteles y las *Aitíai physika* í de Plutarco. Pero el problema es que, al menos ateniéndonos a las obras conservadas, las diferencias entre ellas y las *NQ* son tan notables que resulta imposible considerarlas el modelo de la obra de Séneca. No sólo se trata de obras cuyo carácter literario es prácticamente nulo [41](#) , sino, sobre todo, de obras cuya organización responde a un esquema compositivo mucho más simple, que difícilmente puede explicar la compleja y variada estructura de los distintos libros de las *NQ* . Todas estas obras, en efecto, están articuladas en pequeños capítulos de extensión variable (que va desde unas líneas hasta unas páginas) y que empiezan siempre por una pregunta específica, de carácter muy concreto, a la que se trata de dar respuesta a continuación por medio de una serie de soluciones alternativas. Las cuestiones sucesivas son generalmente independientes unas de otras, aunque también pueden organizarse en grupos de temática afín [42](#) .

«NATURALES QUAESTIONES » EN LA RETÓRICA ROMANA

Ante la insuficiencia de este planteamiento, es mérito de Carmen Codoñer haber propuesto relacionar el término *quaestio* más que con la tradición griega de los *problémata* o *zetémata* como género literario, con el valor que se le atribuía en la retórica romana [43](#) , donde *quaestio* se utilizaba como término técnico para designar las controversias de carácter general (*quaestiones infinitae*, *théseis*) , en que se discutían temas de carácter abstracto y naturaleza teórica,

que no implicaban a personas o situaciones concretas ⁴⁴ , por oposición a las llamadas *quaestiones finitae* (*hypótheseis, causae*) en las que se discutían cuestiones concretas que afectaban a personas o situaciones determinadas. Entre las primeras, que son las que ahora nos interesan, se distinguían, a su vez, dos tipos: las de tipo práctico (*quaestiones actionis*), orientadas a fijar normas de conducta ⁴⁵ , y las de tipo teórico (*quaestiones cognitionis*) , cuyo objeto específico era el cultivo de la ciencia. Es precisamente a este último grupo al que pertenecerían las *naturales quaestiones* cuyo objetivo, al decir de Cicerón, era el de explicar «las causas y las razones de las cosas» ⁴⁶ , precisamente lo que trata de hacer Séneca en su obra. Según opinión expresada por Cicerón y generalizada en la Antigüedad, mientras las *quaestiones finitae* son competencia del orador, estas discusiones de carácter general eran competencia exclusiva o casi exclusiva de los filósofos ⁴⁷ .

De hecho, el uso de *naturales quaestiones* para referirse al estudio filosófico de la naturaleza está atestiguado en diversos pasajes de varios autores latinos de principios del Imperio.

El propio Séneca en *epist.* 88,24, tratando de precisar la relación de las «artes» (ciencias) con la filosofía y, concretamente, de señalar la utilidad que pueden prestar a esta última las primeras, recurre al ejemplo de la filosofía natural, que designa con el término *naturales quaestiones: cum uentum est ad naturales quaestiones, geometriae testimonio statur* («cuando el filósofo aborda las investigaciones físicas, se apoya en los datos de la geometría»). Y el mismo valor está constatado en autores como Vitrubio y Quintiliano, que subrayando la importancia de la física para la formación del arquitecto o del orador

también la designan con el término *naturales quaestiones* [48](#)

IMPLICACIONES

Ahora bien, ¿cuáles son las implicaciones que este título tiene en el carácter de la obra?

1. En primer lugar, su carácter dialéctico o de controversia [49](#) . No se trata de la mera exposición de un dogma de una escuela filosófica determinada (como hace Lucrecio) ni se trata de hacer un inventario de los conocimientos alcanzados anteriormente (como hace Plinio, con la convicción de que ya se había llegado al cénit en los distintos campos). La búsqueda de la verdad se presenta como un debate abierto, incluso, si se quiere la metáfora tan romana, como un juicio en el que Séneca, como un juez imparcial, sentencia la causa después de haber escuchado (y criticado, ratificado o refutado) los argumentos de los abogados y el testimonio de los testigos. Más aún, Séneca no sólo trata de descubrir la verdad, sino que va a guiar al lector en el proceso de descubrirla, y aunque, naturalmente, sugiere una o varias soluciones determinadas, deja el camino y la puerta abierta para otras soluciones alternativas, que no tienen que coincidir con la suya, como no siempre coincide la suya con la rígida ortodoxia de la escuela filosófica estoica a la que pertenece.

2. Pero hay más. Aunque desde un punto de vista literario la obra de Séneca no se corresponda estrictamente con el género de los *zetémata* o *problémata* , sí guarda el espíritu de ellos y creemos que su título sirve para situarla en el ámbito de la ciencia peripatética, tal como fue fundada por Aristóteles y desarrollada posteriormente por numerosos discípulos. La ciencia como investigación de *problémata* es

propia de los peripatéticos. No sólo fue Aristóteles el que sentó las bases de este tipo de investigación, definiendo el concepto de *probléma* dialéctico [50](#) , sino que las grandes recopilaciones de *problémata* que poseemos, pertenecen total y exclusivamente al *Perípatos* . Y esto se traduce en una serie de rasgos comunes entre la investigación peripatética de la naturaleza y las *NQ* [51](#) .

- a) El interés en la ciencia por la ciencia. Pese a lo que se dice frecuentemente, la ciencia para Séneca no es un medio para fundar una ética o establecer unas normas morales [52](#) .
- b) La respuesta a un problema no tiene por qué ser única. No necesariamente tiene que ser una sola la explicación verdadera. Como Aristóteles y, sobre todo, Teofrasto, Séneca admite frecuentemente la pluralidad de explicaciones, pero no por la convicción, propia de los epicúreos, de que es imposible saber cuál es la verdadera, o, incluso, por desinterés en saberla, al pensar que es suficiente con demostrar la naturalidad de los fenómenos, sino por el convencimiento de que todas ellas son alternativas reales y el verdadero conocimiento puede ser alcanzado [53](#) .

3. Finalmente, una última característica que se desprende del título, repetidamente señalada, es que no se trata de un tratado completo y sistemático, como podría sugerir un título como *De rerum natura* o, incluso, *Meteorologica* , sino de una recopilación de estudios diversos, en cierta medida relacionados entre sí pero en cierta medida también independientes. La falta de un verdadero prólogo a la obra en su conjunto [54](#) y, sobre todo, de un epílogo [55](#) pueden explicarse posiblemente atendiendo a esta característica.

IV . ORDEN DE LOS LIBROS

La tradición manuscrita de las *NQ* ofrece la llamativa particularidad de que el orden de los libros no es el mismo en todos los códices, sino que pueden distinguirse tres órdenes diferentes: (i) en primer lugar, el orden tradicional de las ediciones (I-VII), llamado *Quantum* por la primera palabra del texto; (ii) en segundo lugar, el orden IVb-VII, I-IVa, denominado *Grandinem* por las mismas razones; (iii) y, finalmente, el orden I-III, IVb-VII, IVa, una variante del orden tradicional en la que el libro IVa se halla desplazado al final de la obra. Se plantea, por tanto, el problema de saber cuál de estas tres ordenaciones, y especialmente de las dos primeras, es la originaria; es decir, cuál era el orden de los libros del arquetipo.

Pero la cuestión del orden de los libros no se reduce ni se ha reducido a un simple problema codicológico. Desde que fue planteada por primera vez por Koeler en 1817 [56](#) , se han sumado a la discusión una serie de argumentos que podríamos llamar internos, basados en la supuesta estructura ideal de la obra de Séneca [57](#) y en las referencias de unos libros a otros, argumentos que han llevado a los estudiosos no sólo a diferenciar el orden del arquetipo del orden original de composición, sino a defender numerosas propuestas de ordenación diferentes de los dos tipos señalados [58](#) .

Nos preguntaremos, pues, a continuación, cuál era el orden de los libros en el arquetipo para, posteriormente, discutir si hay razones suficientes para proponer un orden diferente como originario.

La respuesta a la primera pregunta, el orden de los libros en el arquetipo, ha venido viciada o, al menos, condicionada durante mucho tiempo por la reconstrucción de la historia

textual hecha por Gercke, quien, por una parte, estableció un *stemma* bipartito, apoyándose principalmente en la distinta ordenación de los libros dentro de los mismos ⁵⁹ y, por otra, conjeturó un tanto arbitrariamente ⁶⁰ un orden I-VII (*Quantum*) para el arquetipo.

Es mérito de Hine haber establecido un nuevo *stemma codicum* sobre la base de nueva colación y recensión de los manuscritos, prescindiendo totalmente del orden de los libros, lo que le ha permitido, en una segunda etapa, deducir de dicho *stemma* el orden del arquetipo. De la coincidencia del orden *Grandinem* en determinados grupos de manuscritos pertenecientes a diferentes ramas (Z, H y π) ⁶¹, Hine pudo deducir de manera convincente que ése era el orden del arquetipo, lo que hoy es unánimemente aceptado.

Los propios manuscritos ofrecen, sin embargo, razones para suponer que éste no era el orden originario de los libros. Estudios independientes, llevados a cabo por Carmen Codoñer ⁶² y el propio Hine ⁶³, basados en la numeración de los libros ofrecida por los códices, permiten una reconstrucción del orden originario que no coincide ni con el orden *Grandinem* ni con el orden *Quantum*. Dado que un grupo de códices primarios numeran los libros de IVb a IVa como libros 3-10, hay que suponer que ésta era la numeración del arquetipo. Y para explicar esta numeración, según la cual el libro IVb era el tercero de la obra, sólo caben dos posibilidades: (i) o bien suponer que se han perdido dos libros iniciales ⁶⁴, (ii) o bien que los dos libros iniciales han sido desplazados de su posición y situados al final de la obra como consecuencia de un accidente. Tanto Carmen Codoñer como Hine consideran que los dos primeros libros (III y IVa) se desprendieron en un momento determinado del resto y, después, fueron recolocados, por error, en la parte posterior del manuscrito. El orden original de los libros sería, por

tanto, III-VII, I-II, orden que, en razón de las dos primeras palabras del libro III, recientemente B. M. Gauly ha propuesto designar como orden *Non praeterit* [65](#) .

Es ahora, una vez establecidos con criterios estrictamente codicológicos tanto el orden del arquetipo como el presunto orden original, cuando es el momento de recurrir a los criterios internos (referencias entre libros) para comprobar hasta qué punto sirven para confirmar o desmentir los resultados obtenidos.

A FAVOR DE LOS ÓRDENES «GRANDINEM » / «NON PRAETERIT »

Criterio decisivo para establecer la prioridad de los órdenes *Grandinem* / *Non praeterit* sobre el orden *Quantum* es I 15,4: *cometas nostri putant, de quibus dictum est* («los nuestros los consideran cometas, de los que ya hemos hablado»). Dado que los cometas no han sido mencionados a lo largo del libro I, la única referencia posible ha de ser el libro VII, que habría precedido al I en el orden de composición [66](#) .

Un segundo argumento, ya no tan categórico, pero en mi opinión válido, podemos encontrarlo en II 30,4 *est enim, ut diximus, nubes spissitudo aeris crassi* («pues, como hemos dicho, la nube es una concentración de aire espeso»), donde *ut diximus* («como hemos dicho») debería hacer referencia a un pasaje de la parte perdida del libro IVb en que se exponían las teorías sobre el origen y composición de las nubes [67](#) . Con este argumento quedaría establecida la anterioridad del libro IVb sobre el II y tendríamos una nueva prueba a favor de la prioridad de los órdenes *Grandinem* / *Non praeterit* sobre el orden *Quantum* [68](#) .

Descartado, por tanto, también por razones internas que el orden *Quantum* pueda ser el originario, más difícil resulta

decidir con este tipo de criterios entre los órdenes *Quantum* y *Non praeterit*. Son pocas y discutibles las razones internas a favor de uno u otro.

A FAVOR DEL ORDEN «GRANDINEM »

En una relativamente reciente discusión del tema, Gross [69](#), recuperando la mayoría de los argumentos utilizados previamente por Rehm [70](#), aduce a favor de la prioridad del orden *Grandinem* sobre el orden *Non praeterit* las siguientes razones:

1. Una serie de pasajes en los que Séneca se limita a esbozar un tema tratado con extensión en un libro distinto, suponiendo que ha de considerarse anterior el libro en el que se produce el tratamiento amplio. Así, por ejemplo, la breve referencia a la definición del viento en III 12,2 *si uentus est fluens aer, flumen est fluens aqua* («si el viento es una corriente de aire [71](#), también el río es una corriente de agua») presupondría la anterioridad del libro V sobre el III. El propio Gross reconoce, sin embargo, que las limitaciones de este razonamiento son evidentes.

2. Un famoso pasaje del libro VI en el que Séneca relata brevemente la expedición enviada por Nerón para descubrir las fuentes del Nilo y que es introducido de la siguiente manera: cf. VI 8,3 *Nescis autem inter opiniones quibus enarratur, et hanc esse ...* («¿Y no sabes que entre las teorías que explican la inundación estival del Nilo también está la que dice...»). En opinión de Gross, Séneca se hubiera expresado de otro modo, es decir, habría hecho referencia al libro IVa, en caso de que este último hubiera sido compuesto anteriormente al VI [72](#). Resulta curioso, sin embargo, que este pasaje sea utilizado por otros autores para demostrar

justamente lo contrario [73](#) , y Carmen Codoñer [74](#) ha señalado, con razón, el elevado grado de subjetividad y limitaciones que tiene este tipo de razonamiento.

En resumen, ninguno de los argumentos internos utilizados a favor de la prioridad del orden *Grandinem* sobre el *Non praeterit* puede considerarse concluyente.

A FAVOR DEL ORDEN «NON PRAETERIT »

Es verdad que tampoco hay ninguna referencia entre libros que sirva para probar la prioridad del orden *Non praeterit* sobre el orden *Grandinem* . Sin embargo, sí pueden aducirse otros argumentos internos.

Argumento decisivo constituye, en mi opinión, como ha señalado Hine [75](#) , el tono del prefacio del libro III que parece convenir más a una persona que emprende la redacción de una obra que a una que ya ha completado los tres cuartos de la misma [76](#) . En él Séneca declara expresamente su intención de poner los cimientos de una obra grandiosa, de romper con los hábitos del pasado, de querer recuperar el tiempo perdido [77](#) , afirmaciones que cuadran perfectamente con el prefacio de la obra entera. La tesis de Hine, que ya había sido defendida por autores como Diels [78](#) y Gercke [79](#) , ha sido apoyada por Parroni [80](#) con la importante observación de que el prefacio del libro III de las *NQ* tiene como modelo el célebre prefacio de las *Res rusticae* de Varrón, donde se expresan consideraciones análogas. También Varrón habla de que hay que darse prisa porque si la vida del hombre es una cosa efímera, tanto más lo es en su vejez [81](#) .

A este argumento fundamental podría añadirse quizás un segundo, no menos importante, utilizado por Delatte [82](#) para rechazar el orden *Grandinem* , defendido por Rehm y otros estudiosos. Dado que en IVa *praef.* 20 hay un claro anuncio

de una correspondencia y ésta no puede ser otra que la recogida en las *Epistulae Morales*, Delatte entiende que este pasaje es incompatible con el orden *Grandinem*, que hace del libro IVa el último de las *NQ*, pues esta ordenación implicaría que tendría que haber sido escrito el libro IVa después de la mayor parte de las cartas, lo cual resulta inaceptable. Y, si bien este argumento es utilizado por Delatte, a favor de la ordenación y cronología de los libros propuesta por Gercke, que un tanto arbitrariamente hace del libro IVa el segundo de las *NQ* y que sitúa en el 62 la composición de dicho libro, con mayor razón se puede utilizar a favor del orden *Non praeterit*.

En conclusión, aunque la prudencia obliga a ser cautos, creemos que, en el estado actual de nuestros conocimientos, hay buenas razones para pensar que el orden original de los libros es el siguiente:

III IVa V VI VII I II

Es éste el orden de los libros que aceptaremos como originario en esta edición y sobre el que basaremos la interpretación de la obra.

V . ESTRUCTURA DE LA OBRA

ESTRUCTURA GENERAL DE LA OBRA

Una vez establecido el orden original de los libros, cabe preguntarse qué criterios presiden su ordenación en el conjunto, es decir, cuál es la estructura de las *NQ*, una de las cuestiones más debatidas y que más tinta ha hecho correr [83](#).

II 1 como dispositio

La respuesta a esta pregunta durante mucho tiempo se ha querido ver en II 1, donde Séneca establece el programa de una obra completa sobre el universo, articulada en tres secciones diferentes: *caelestia* («astronomía»), *sublimia* («meteorología») y *terrena* («geografía»), correspondientes a las tres zonas en que se dividía el universo: cielo, aire y tierra, respectivamente.

Considerando que el pasaje tenía valor programático, pese a no encontrarse al comienzo de la obra en ninguno de los órdenes transmitidos de la misma ⁸⁴, numerosos estudiosos han querido ver en la alternancia *caelestia*, *sublimia*, *terrena* el principio estructural de las *NQ*. Y, como no resulta fácil adaptar a este esquema la sucesión de libros en cualquiera de dichos órdenes, muchos críticos se vieron obligados a postular una diferencia entre el orden del arquetipo y el orden de composición.

El propio Koeler, que abría este campo de investigación ⁸⁵, no sólo situaba al libro II al comienzo de la obra, sino que, para adaptar a dicho esquema la estructura de la misma, suponía el siguiente orden original: II, I, VII, IVb (*sublimia*), V, III, IVa, VI (*terrena*) ⁸⁶.

También Gercke, quien, ateniéndose al contenido de su prefacio, considera que el libro III ha de ser el primero de la obra ⁸⁷, para adaptar el orden de los libros al programa de II 1, se ve obligado desplazar de su posición el libro II, reconstruyendo el siguiente orden original: III-IVa (*terrena*), IVb, II, V, VI (*sublimia*), VII-I (*caelestia*) ⁸⁸.

Igualmente, A. Rehm, pese a rechazar el carácter programático de II 1, ve en dicha alternancia el criterio básico de ordenación de la obra, proponiendo, sobre la base del orden *Grandinem*, la estructura IVb, V, VI VII, I-II

(*sublimia*) , III-IVa (*terrena*) y considerando que Séneca no llegó a escribir ningún libro de tema astronómico.

Y a estos mismos criterios permanece atada G. Stahl, quien, de acuerdo con el orden tradicional (*Quantum*) , considera la ordenación presidida por la sucesión alternativa de *sublimia* (I, II), *terrena* (III, IVa), *sublimia* (IVb, V), *terrena* (VI), *caelestia* (VII), queriendo ver en ella una «secuencia lógica» de derivación de unos temas en otros [89](#) .

Más recientemente, N. Gross [90](#) ha vuelto a reivindicar el valor programático de Il 1 y, suponiendo la pérdida de dos libros iniciales sobre *caelestia* («astronomía») [91](#) , propone, sobre la base del orden *Grandinem* que defiende como originario, una estructura basada en la alternancia *caelestia* (dos primeros libros perdidos), *sublimia* (IVb-II), *terrena* (III-IVa).

Sin embargo, resulta difícil aceptar que Séneca en la clasificación de Il 1 esté ofreciendo el programa de su obra, pues ni se tratan en ella todos los temas citados, ni se citan todos los tratados, ni los distintos grupos reciben un tratamiento de proporciones similares. Séneca, en efecto, en Il 1 menciona numerosos tópicos que no son estudiados en las *NQ* , al menos en los libros conservados. Del apartado *terrena* sólo se trata, y parcialmente, el tema de las aguas (que, además, era incluido por Aristóteles y sucesores en la meteorología y, en consecuencia, pertenecería al apartado *sublimia*) pero no se dice una sola palabra sobre el tema de las «tierras», los «árboles» y las «plantas»; y del apartado *caelestia* , tal y como se enuncia, no se trata algún tema más que de pasada, especialmente en relación con la problemática de los cometas. Y, a la inversa, algunos de los temas estudiados en las *NQ* , como es el caso de los cometas o de los meteoros estudiados en el libro I, no son mencionados en Il 1, como tampoco lo son otros temas sí

estudiados, como los vientos (V), los rayos (II) y los terremotos (VI), salvo si aceptamos una laguna en II 1,2, en la que, si bien la inclusión del terremoto parece plenamente justificada, la inclusión de los vientos y los rayos ya es más discutible. En conclusión, no hay ninguna razón para pensar que Séneca en II 1 esté ofreciendo el programa de su obra. Lo que Séneca hace, como señala Hine [92](#) , no es más que una clasificación lógica (una *diuisio*) de los distintos temas de la física, que tiene fin en sí misma y carece completamente de valor programático.

La organización según los elementos

Ante las insuficiencias de este criterio, numerosos estudiosos han querido ver en la sucesión de los cuatro elementos (agua, aire, fuego tierra) el principio organizador de la obra. Pero, tampoco en este caso las propuestas han sido unánimes.

Este criterio fue formulado por primera vez por Vottero [93](#) , quien, sobre la base del orden *Grandinem* , considera, sin mayores precisiones, que el esquema organizador de las *NQ* sería el siguiente: aire (IVb-V), tierra (VI), fuego (VII, I, II) y agua (III, IVa).

Las ideas de Vottero fueron acogidas calurosamente por F. P. Waiblinger [94](#) , a quien corresponde la hipótesis más elaborada al respecto. Partiendo del orden tradicional (I-VII), Waiblinger quiere ver en la obra una elaborada estructura artística, organizada por parejas de libros dedicados al mismo elemento (I-II: fuego, III-IVa: agua, IVb-V: aire), y presidida en su interior por el principio del contraste, que permitiría oponer los libros de cada pareja de acuerdo con los criterios de «hermoso/horrible», «maravilloso/terrorífico», «inofensivo/violento», y similares. El mismo

principio de contraste configuraría la agrupación de los libros VI y VII, aunque en ellos no se estudia el mismo elemento, pues en ellos se contrapondrían los conceptos de «tierra/cielo» o «abajo/arriba». La primera caracterización (positiva) correspondería a los libros I, IVa, IVb y VII; la segunda, al II, III, V y VI.

Estas ideas, por atractivas que sean, resultan, sin embargo, difíciles de aceptar y, de hecho, han sido acogidas con duras críticas por la mayoría de los estudiosos [95](#) . Pero la idea básica de buscar la estructura de las *NQ* en la sucesión de los elementos parece positiva y ha sido defendida convincentemente por otros autores.

Así, en su edición del libro II Hine defiende la ordenación: II-IVa (agua); IVb-V-VI (aire); VII-I-II (fuego) [96](#) . En mi opinión, se trata de una interpretación persuasiva. Pero todavía más convincente me parece la propuesta por Carmen Codoñer, que sólo se diferencia de la anterior en un pequeño detalle: la inclusión del libro IVb entre los fenómenos del «agua». Porque, aunque Séneca supone que las nubes, la lluvia, la nieve, etc., son aire más o menos modificado, es preferible suponer que Séneca está pensando, más que en el origen, en la naturaleza final de dichos fenómenos [97](#) . Y, de hecho, el propio Séneca los clasifica en la categoría de «aguas celestes», por oposición a las «terrestres», estudiadas en los libros III y IVa.

Séneca comenzaría, pues, su obra con el estudio de las «aguas terrestres» (III [98](#)), al que seguiría un caso particular de las mismas, el Nilo (IVa), para abordar después el estudio de las «aguas celestes» [99](#) , examinando las diversas manifestaciones del agua en la atmósfera (IVb). A continuación acometería el estudio de la más importante manifestación del aire en la atmósfera, el viento (V), al que seguiría el estudio de una catástrofe natural, causada por

este fenómeno, el terremoto (VI) [100](#) . Después del aire, Séneca pasaría al estudio de los fenómenos ígneos, comenzando por los cometas, habitualmente considerados como un meteoro ígneo en las más prestigiosas teorías antiguas (VII); seguiría con el estudio de estos meteoros desde un punto de vista general, incluyendo un grupo de fenómenos ópticos relacionados, sobre los que se discutía su verdadera naturaleza (I), para terminar con el estudio de un fenómeno de naturaleza claramente ígnea como son los rayos y los relámpagos (III).

En resumen, la estructura de las *NQ* podría esquematizarse de la siguiente manera:

III, IVa, IVb (agua); V-VI (aire); VII, I, II (fuego).

Se trata de un orden personal, que no se corresponde con ninguno de los órdenes en que son estudiados estos fenómenos en las obras conservadas de ciencia griega [101](#) y en el que la voluntad de Séneca tiene probablemente un papel muy importante. Se trata, en líneas generales, de un orden ascendente que, partiendo de las regiones más bajas del mundo, va subiendo progresivamente hasta las regiones celestes (que faltan en el estudio), un orden similar a aquel en que presenta las distintas partes del estudio de la naturaleza en el último capítulo de la *Consolatio ad Helviam* [102](#) , con el que Séneca pretende simbolizar el camino del espíritu que se eleva progresivamente, por medio del estudio de la naturaleza, desde la realidad terrena en que vive hasta las moradas celestes, donde satisface su aspiración última de entrar en comunicación con el propio Dios. En todo caso, en las *NQ* , esta línea de progreso es mucho menos perceptible y, desde luego, Séneca no se esfuerza en resaltarla ni en llevarla hasta las últimas consecuencias.

ESTRUCTURA DE LOS DISTINTOS LIBROS

Tan importante o, quizá, más que analizar la estructura general de la obra es considerar la estructura de los distintos libros, que en cierta medida constituyen la principal unidad estructural de la misma. Las *NQ*, en efecto, como ya hemos señalado [103](#), más que un tratado sistemático y organizado, ha de considerarse una agrupación de libros independientes, entre los que, prescindiendo de unas pocas referencias internas, pueden establecerse escasas relaciones y paralelismos. Cada libro puede considerarse una unidad en sí mismo y, como tal, ha de ser analizado.

Prescindiendo de momento de la cuestión de los prólogos y epílogos que estudiaremos en otro capítulo [104](#) y, centrando la atención en las partes propiamente científicas, en general puede decirse que cada sección científica está organizada en tres apartados consecutivos: (i) la exposición doxográfica, precedida normalmente de unas breves generalidades; (ii) la opinión personal de Séneca, y (iii) algunas cuestiones complementarias. Sin embargo, la aplicación de este esquema a los distintos libros presenta notables peculiaridades, lo que permite afirmar que, aun compartiendo una misma estructura general, la exposición es enormemente variada [105](#).

Repeticiones, digresiones, etc.

En todo caso, una característica principal de la exposición senecana es que dista mucho de ser lineal y bien organizada. Cualquiera que haya intentado leer las *NQ* conoce bien la enorme dificultad que supone en muchas ocasiones saber en qué punto exacto del esquema compositivo se halla. Aunque Séneca tiene, sin duda, un plan previo de la exposición que va a hacer, raramente se atiene

a él estrictamente e, incluso, cuando lo expone abiertamente, al comienzo del libro (III 2 y VI 4), son numerosos los casos en que por diversos motivos se desvía del mismo.

En las *NQ* las desviaciones de la línea principal de exposición son muy frecuentes y pueden tener diferentes causas:

1. A veces es una simple asociación de ideas la que lleva a Séneca a tratar más o menos brevemente un nuevo tema. Es la exposición típica del profesor que, en su deseo de informar al alumno de todo lo que considera importante, no duda en insertar en la estructura principal datos secundarios. La explicación adquiere forma de círculos concéntricos, pero no en virtud de una planificación previa, sino del método divagatorio empleado. Séneca está sugiriendo constantemente temas paralelos que a veces se refrena de desarrollar pero otras veces no lo hace, rompiendo el esquema lineal y limpio que todos deseáramos [106](#) .

2. Otras veces se trata de repeticiones de temas ya sea porque Séneca desarrolla ampliamente temas que sólo habían sido esbozados, ya sea porque aporte una nueva explicación de los mismos [107](#) . Podría tratarse de un procedimiento de carácter pedagógico, cuya finalidad sería refrescar y grabar en la mente del lector las ideas principales, pero que también puede ser interpretado como laxitud compositiva, aun sin llegar a los extremos de Gross, que quiere relacionar la mayoría de estos ejemplos con la utilización de una segunda fuente que Séneca no habría conseguido integrar armónicamente en el conjunto.

3. A veces Séneca rompe caprichosamente la línea de pensamiento, sin otra razón aparente que la de dar un mero

respiro al lector, que en algunos momentos se puede sentir abrumado por la densidad y aridez de los datos. Así, por ejemplo, en III 22-23, en medio del estudio etiológico de las particularidades de las aguas, introduce de improviso dos capítulos (22 y 23) sobre la clasificación de las aguas que, salvo error de la transmisión, difícilmente pueden tener una justificación siquiera mínima [108](#) .

En resumen, la exposición de Séneca dista mucho de ser lineal y sistemática. Avanza, por así decir, a trompicones. Y, desde luego, nuestro filósofo presta mucha más importancia a los episodios concretos que a su organización en un conjunto. Es posible, sin embargo, que en esta peculiaridad no hayamos de ver tanto un defecto como una característica deliberadamente buscada. Séneca, consciente de la aridez y dificultad de su materia, trata de retener la atención del lector con la variedad constante, con un continuo cambio de foco de interés, más que con una presentación metódica y rigurosa del tema tratado. Las repeticiones, además, pueden obedecer al propósito didáctico de refrescar y gravar en la mente del lector unos datos áridos, que, de otra forma, serían difíciles de recordar.

Exposición doxográfica

La misma variedad que en la composición de los distintos libros, puede apreciarse, dentro de las partes científicas, en la exposición doxográfica propiamente dicha, que en general constituye la parte principal del estudio científico [109](#) .

En líneas generales, sin embargo, puede afirmarse lo siguiente: Séneca comienza normalmente por las explicaciones más arcaicas y rudimentarias, o al menos las más alejadas de su teoría, para llegar a las más modernas o

próximas a la suya; y termina siempre con la exposición de su propia teoría, que normalmente no se presenta como novedad absoluta, ya que en ella se recogen numerosas explicaciones ya dadas anteriormente. Con frecuencia, su teoría aparece precedida por la teoría de los estoicos, bien porque ésta sea su fuente principal, bien porque Séneca quiera marcar con precisión las diferencias de su pensamiento con el de sus correligionarios.

VI . CONTENIDO DE LA OBRA

Tal como se conservan, las *NQ* están constituidas por un conjunto de ocho estudios sobre diversos fenómenos naturales, cuyo contenido, siguiendo el orden *Non praeterit* , puede sintetizarse de la siguiente manera:

LIBRO	III	Origen y particularidades de las aguas terrestres
	IVa	Crecida del Nilo
	IVb	Granizo y, en la parte no conservada, nubes, nieve, rocío y escarcha
	V	Origen y clasificación de los vientos
	VI	Terremotos
	VII	Cometas
	I	Meteoros ígneos y luminosos, con especial atención al arcoíris
	II	Truenos, rayos y relámpagos

Cabe preguntarse a qué rama de la física antigua pertenecen estos estudios o, al menos, qué criterios presiden la selección de temas y confieren unidad a la obra.

UNA COSMOLOGÍA